

## HACIA UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA POESÍA DE LOS SIGLOS DE ORO

No vengo a presentar aquí las conclusiones de una investigación. Ningún problema —grande o pequeño— del hispanismo quedará solucionado después de esta comunicación; ninguna incógnita resultará aclarada. Me ha parecido más oportuno valirme de esta reunión de colegas para tratar sobre una de las mayores dificultades con que solemos enfrentarnos en nuestro trabajo y ver si, entre todos, podemos hallar los medios de mejorar la situación.

Quienes tenemos como campo de investigaciones la poesía española de los siglos de oro, nos encontramos muy frecuentemente ante un grave problema: la dispersión de los textos y la escasez de información sobre ellos. Sabemos que en bibliotecas del mundo entero se conservan volúmenes de poesía, impresos o manuscritos, cuyo conocimiento podría completar lagunas, develar incógnitas, modificar juicios; pero sólo tenemos informaciones precisas sobre una pequeña parte. No voy a detenerme en el análisis de los prejuicios que causa esta situación, porque nos afectan a todos: pérdidas de tiempo, inseguridad, quizá dudas acerca de la legitimidad de nuestras conclusiones. Hace varios años que don Antonio Rodríguez-Moñino llamó la atención sobre los más graves de todos ellos: el peligro de dar una versión fragmentaria de la historia de la literatura, y de que nuevos descubrimientos invaliden nuestro trabajo.

Para solucionar totalmente el problema se requiere una tarea de gran aliento: emprender investigaciones sistemáticas en todas las bibliotecas y archivos, publicar catálogos con índices minuciosos, editar con criterio científico textos ignorados o poco conocidos. Mucho se ha hecho ya, pero es más lo que queda por hacer. El trabajo será largo y, sobre todo, costoso. Rodríguez-Moñino lamentaba la ausencia de alguna fundación que preparara el plan y sufragara los gastos de tal empresa. Es de desear que aparezca esa fundación, y que por fin podamos tener fácil acceso a toda la inmensa riqueza que nos legaron los poetas del Siglo de Oro. Pero esta solución ideal, aun en el caso de que se produjera, tardaría muchos años en completarse. ¿Qué podemos hacer, mientras tanto, para disminuir en alguna medida los obstáculos que encontramos en nuestro trabajo?

La directora del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de

la Universidad de Buenos Aires, profesora Frida Weber de Kurlat, me ha alentado a poner allí en ejecución un plan de trabajo con el que se procura contribuir a la solución de algunos aspectos del problema. Este plan tuvo el apoyo inicial de la Universidad (que favoreció al Instituto con un subsidio de su Fondo Especial para la Investigación Científica) y, luego, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, a cuyo cuerpo de investigadores pertenezco. Los recursos que se emplearán son modestos, quizá muy obvios, pero, según creo, permitirán aportar algunos resultados positivos. El objeto de esta comunicación es informar a ustedes sobre este plan (en parte ya en marcha), y pedir su juicio y su consejo, así como el de quienes lean esta comunicación en las actas.

Me parece evidente que la primera etapa ha de ser la organización del material ya conocido. Buscar las poesías de un autor determinado o tratar de identificar las composiciones de un cancionero requiere interminables revisiones, que nunca nos parecen suficientes. Evitaríamos muchas pérdidas de tiempo si dispusiéramos de un índice de primeros versos y otro de atribuciones, que reunieran la información proporcionada por tantas fuentes dispersas. Preparar esos índices será labor penosa, y tampoco resultará muy fácil editarlos, teniendo en cuenta la magnitud de la obra y la necesidad de actualizarla constantemente. Me pregunto si no sería posible, mientras llega el momento de la publicación, ofrecer a los investigadores los materiales que se fueran recogiendo. Desearía conocer la opinión de ustedes acerca de la conveniencia de organizar en nuestro instituto un centro de información al servicio de los investigadores que quisieran enviar sus consultas.

No basta conocer la existencia de los textos: es preciso disponer de ellos. Sólo una pequeña parte de la producción poética conservada es accesible hoy. Es cierto que los medios modernos de reproducción simplifican algo la tarea, pero no siempre es fácil ni rápido obtener una fotocopia, y, por otra parte, no hace falta insistir en que resulta mucho más cómodo valerse de un texto limpiamente impreso, con versos numerados, índices y notas, que enfrentarse con un manuscrito o con ciertos impresos antiguos. Creo que todos estamos de acuerdo en que es necesario editar la mayor cantidad de textos que sea posible. Es mucho lo que tenemos que agradecer a quienes trabajan en este campo; pero queda una masa gigantesca de material poco o nada conocido.

La edición de textos es el aspecto fundamental de nuestro plan; los otros están pensados en función de este, para servir como instrumentos

de trabajo. Hemos preferido proceder con amplitud en la elección de los textos, sin limitarnos a obras o autores de primera línea. No se trata de dar a las obras secundarias un valor estético superior al que realmente tengan, pero sí de concederles la importancia que les corresponde como elementos insustituibles si no se quiere tener una visión distorsionada de la historia de la cultura.

Los criterios de edición son los habituales. Con todo, considero conveniente someter a ustedes algunos puntos en que los editores no siempre coinciden:

1. Los cancioneros se publicarán completos. No me parece una solución adecuada la de publicar sólo las poesías que se consideran inéditas, y dar las variantes de las otras respecto de la edición mejor, o de la más difundida: tiene indudables ventajas económicas, pero altera peligrosamente la fisonomía del cancionero, hace que se pierdan particularidades ortográficas que pueden ser de interés, y resulta arbitraria si (como suele ocurrir) la edición tomada como punto de referencia no es segura.

2. No se modernizará ni se regularizará la ortografía, pues la conservación de todas las características del original es indispensable para que el texto pueda servir de base a estudios de lengua. Con todo, hay dos aspectos: la puntuación y la acentuación, en que quizá convenga ceder, en beneficio de la comodidad de los lectores. Me agradecería saber qué opinan sobre esto los destinatarios de las ediciones.

Antes de concluir, quisiera referirme a un problema que puede crear situaciones violentas y aun inutilizar esfuerzos. Sé que voy a entrar en un terreno peligroso, en que es grande el riesgo de una mala interpretación; pero me siento obligada a exponer mi inquietud —que, según entiendo, es la de muchos de nosotros— sobre el aislamiento en que solemos trabajar. No se trata de acotar campos de investigación, y mucho menos de intervenir en los planes ajenos; pero muchas veces he pensado en lo penoso que resulta que algunos de los que trabajan en un mismo terreno estén desligados unos de otros. En primer lugar, porque la comunicación podría ser fecunda para todos; y especialmente porque, al no existir ella, se corre el peligro de que, por desconocimiento, dos o más especialistas trabajen en forma independiente para alcanzar un mismo objetivo. Cuando son tantos los materiales sin estudiar, tantas las obras poco conocidas, no tiene sentido superponer esfuerzos. Se publican periódicamente guías de investigaciones, listas de tesis en preparación, etc.; pero no abarcan sino una parte de los trabajos que se realizan en el mundo del hispanismo. Se contribuiría a la solución de este problema estableciendo un centro

de información (con ficheros de investigadores y de proyectos), al que cada uno podría comunicar sus trabajos en preparación, y consultar antes de emprender otros. Este centro estaría en condiciones de poner en contacto a los interesados en un mismo tema, o en cuestiones afines.

En el caso de que ustedes consideren útil un servicio de este tipo, intentaremos organizarlo en nuestro Instituto; primero, como ensayo, se limitaría a las ediciones de poesía de los siglos de oro; y, según la experiencia recogida, podría ampliar luego sus alcances.

Lo había advertido al comienzo: esta comunicación no aportó ningún hecho concreto, ninguna solución definitiva: fue sólo una lista de problemas y de peticiones de consejo. Si en algo resultó molesta o hiriente, sí en ella pudo verse el petulante deseo de resolver dificultades que quizá, después de todo, sean insolubles, les pido perdón. No quiero interferir en el trabajo de nadie, ni invadir campos ajenos. Sólo aspiro a ser útil, para corresponder de alguna manera a todo lo que he recibido de quienes trabajaron o trabajan en este terreno, y, sobre todo, de los maestros que infundieron en mí el deseo de sumarme al grupo de quienes han emprendido una tarea apasionante: dar a conocer toda la poesía de los siglos de oro que haya podido llegar hasta nuestro tiempo.

BEATRIZ ELENA ENTENZA DE SOLARE

*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*  
Universidad de Buenos Aires